

Vea  
Kaiser

**EL VALS HACIA ATRÁS**  
o los espíritus de la familia Prischinger

Traducido del alemán por Paula Aguiriano Aizpurua

Publicado originalmente en alemán como  
*Rückwärtswalzer. oder Die Manen der Familie*  
Prischinger, by Vea Kaiser

La traducción de esta obra ha recibido una subvención  
del Goethe Institut



Esta obra es una novela y su argumento es pura ficción.  
Todo parecido con la realidad es casual.  
En ningún caso se aconseja imitar las acciones  
de los personajes.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2019, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG,  
Köln / Germany

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-651-5

Depósito legal: M. 29.364-2019

Printed in Spain

*Sunt aliquid manes:  
letum non omnia finit,  
luridaque [...] effugit umbra.*

Algo queda de las almas:  
la muerte no lo acaba todo,  
y la sombra amarillenta escapa.

(PROPERCIO, 4.1.1-2)<sup>1</sup>

Pensad: la propia muerte solo se muere; pero con la muerte de los  
otros debemos vivir.

(MASCHA KALÉKO)

---

<sup>1</sup> Traducción de Antonio Tovar y María T. Belfiore Mártire (*N. de la T.*).



# 1

## Visitas indeseadas (Viena)

---

En la vida de Lorenz Prischinger había, desde hacía varias semanas, dos tipos de llamadas a la puerta. Las buenas y las malas.

Las llamadas buenas anunciaban lo esperado, como un ansiado paquete de correos o la llegada de su novia Stephi. Las llamadas malas eran inesperadas y podían significar que Hacienda, el seguro médico o incluso el banco, en el peor de los casos, habían endurecido el tono de sus amenazas y le enviaban a un ejecutor forzoso.

Ese viernes de marzo a las 10:23 de la mañana, cuando llamaron a la puerta de Lorenz, el correo ya había llegado y Stephi estaba en Heidelberg, donde llevaba un año dando clases en la universidad. Lorenz dejó caer el yogur y la cuchara y permaneció inmóvil.

Insistieron.

Lorenz se mordió los nudillos de la mano izquierda. Los plazos para pagar a Hacienda y al seguro habían vencido seis semanas atrás, pero se había quedado sin ahorros y todavía no había ganado ni un solo céntimo en todo el año. Había acumulado despreocupadamente cartas, avisos y correos certificados, esperando que se reanudara el rodaje de la serie po-

liciaca en cuyo capítulo piloto, que se había emitido una semana antes, él representaba un papel principal.

Pasaron de llamar a golpear.

Lorenz apagó la luz de la cocina en un acto reflejo, a pesar de que no se veía desde el vestíbulo, y se deslizó al vestidor. Cambió el pijama por unos vaqueros y una camiseta, y pensó qué debía hacer. Podía esperar a ver si el ejecutor se rendía al no oír ruidos o podía abrir la puerta y enfrentarse al embrollo. Los golpes se tornaron agresivos. La tercera opción de Lorenz consistía en pasar del balcón a la terraza del vecino y de allí saltar a la tapia para escapar por el patio interior del edificio contiguo.

—¡Señor Prischinger, el cartero me ha dicho que está en casa! —se oyó a través de la puerta—. ¡Abra de una vez!

El desconocido tenía una voz penetrante y desagradable, con acento de los barrios del otro lado del Danubio. Lorenz salió al balcón. Había dedicado su abundante tiempo libre de los últimos meses a leer, ver series e ir al gimnasio. Estaba más en forma que nunca. Si se concentraba, sería fácil descolgarse por los barrotes de la barandilla y llegar al patio pasando por la terraza vecina. Sin embargo, el día era gris y húmedo. ¿Y si se resbalaba?

—¡Señor Prischinger! ¡En algún momento tendrá que dejarme entrar!

Lorenz escupió hacia abajo. Había mucha caída.

Así que volvió dentro.

Fue a hurtadillas al baño lamentándose de su situación, se lavó los dientes, se roció con el perfume más caro que tenía y se peinó. Recientemente había leído que la mayoría de los pasajeros del *Titanic* se vistieron de gala antes de hundirse.

El desconocido golpeaba la puerta sin descanso.

Lorenz se irguió, metió tripa, sacó pecho; era un actor de éxito de treinta y un años, seguro que daría con la solución.

Abrió la puerta con serenidad.

—Por fin —dijo un hombre sorprendentemente bajo con gafas de concha redondas de color verde oliva y una cazadora bomber oscura con el logotipo de un club deportivo canino. En el bolsillo del pecho se leía «Un corazón para Bellos», y los hombros estaban cubiertos de huellas de perro. Así no era como Lorenz se había imaginado a un ejecutor forzoso. Y seguramente los ejecutores forzosos tenían un aspecto distinto, porque el hombre, que en ese momento le estaba enseñando su identificación, no era uno de ellos.

—Servicio de información del canon televisivo, GIS, por sus siglas. Señor Prischinger, ¿tiene algún televisor?

—¿Cómo dice? —preguntó Lorenz perplejo. Toda su vida de estudiante había temido que el GIS se presentara en su casa algún día y lo multara por no haber declarado el televisor. Y ahora que llamaban a su puerta de verdad, no podía imaginar una visita más agradable, ya que tres días antes había vendido el televisor a un conocido para conseguir dinero, y porque de todos modos el operador le había cortado el servicio.

—Servicio de información del canon televisivo, señor Prischinger, ¿tiene algún televisor? Poseer un aparato sin declararlo constituye una infracción penal en la República de Austria.

—No tengo televisor. —Lorenz sonrió, como si se hubiera quitado de encima una mochila de cuarenta kilos.

—¿Por qué sonrías? —preguntó el agente del GIS.

—Es que me alegro de verlo —dijo Lorenz.

—Nadie se alegra de verme —respondió el agente del GIS—. Señor Prischinger, ¿me permite cerciorarme de que no posee ningún televisor?

Lorenz no tenía nada que ocultar, así que dejó que el hombre se paseara por su precioso apartamento de cuatro habita-

ciones, le mostró orgulloso las obras que había hecho el año anterior, le ofreció café y después lo acompañó a la salida.

—¡Que tenga un buen día! —le deseó Lorenz cuando ya se marchaba, y vio que las huellas de perro subían las escaleras en silencio hacia la casa del vecino. Cerró la puerta y fue al baño.

Al ver las nuevas y carísimas esterillas de baño que le había traído el cartero poco antes de que llegara el agente del GIS, la vergüenza arrolló a Lorenz como una ola monstruosa que se abalanza sobre adoradores del sol tostados y adormilados en la playa.

Las esterillas eran preciosas, suavísimas e incluso ecológicas, aunque esta última no era una categoría a la que Lorenz diera importancia normalmente. El diseño geométrico amarillo, blanco y gris conjuntaba a la perfección con los azulejos blancos y el suelo negro de mármol italiano. Pero necesitarlas, no las necesitaba; de hecho, hacía solo un año que se había comprado un conjunto nuevo de alfombrillas de bambú. Tampoco es que se hubiera propuesto adquirir otras esterillas, en realidad buscaba en esa maldita plataforma web de diseño una solución elegante para guardar su cobertor. Sin embargo, en el transcurso de sus pesquisas, había encontrado aquellos deliciosos portavelas. Además, la página le había recomendado unos manteles individuales que, nada más verlos, había sentido que necesitaba con urgencia, sin tener en cuenta que ni siquiera sabía cocinar; también unos servilleteros de latón para los que naturalmente necesitaba servilletas. Y nuevos vasos de agua. Lorenz ya no recordaba cómo había acabado donde las esterillas de baño; al final también había comprado un carrito para servir y marcos de fotos decorativos, pero por supuesto no había encontrado ninguna solución práctica para el cobertor, que era lo que necesitaba en realidad.



Lorenz estaba dolorosamente familiarizado con los trucos de las tiendas online. Un carrito de la compra digital nunca parecía tan lleno como el que se empujaba en una tienda, y además en internet todo estaba rebajado. Lorenz sabía que, como miembro de la familia Prischinger, tenía una debilidad casi genética por las ofertas, y su inutilidad para las matemáticas le impedía, además, incluir en el cálculo los impuestos y los gastos de envío antes de finalizar el pedido. Claro que veía la suma total antes de confirmar los datos de la tarjeta de crédito, pero ¿a quién se le ocurriría vaciar entonces el carrito, con cuyo contenido ya se había establecido un vínculo emocional?

—Lo sé, no tengo un duro —le reconoció Lorenz a su cuarto de baño antes de apagar la luz y cerrar la puerta tras él.

Y así, tan pronto como había llegado, el buen humor de Lorenz se desvaneció. Esa mañana había tenido mucha suerte. Pero esa suerte tenía fecha de caducidad.

Lorenz lo había intentado todo para vivir de forma modesta. Desde que había recibido el aviso de los recargos en los impuestos y el seguro, se había propuesto firmemente no comprar nada que no necesitara de verdad. Pero lo de los propósitos de Lorenz era un caso. Todos los años, en Nochevieja, se proponía adelgazar cinco kilos. Año tras año engordaba dos. Hacía quince años que se proponía leer la *Ilíada* y la *Odisea*. Hasta el momento solo había conseguido llegar a las primeras páginas de la primera y a la mitad de la segunda.

Lorenz tenía muchas virtudes. Ser consecuente no era una de ellas.

Se dejó caer desanimado sobre la cama deshecha. Se volvió hacia la mesilla, sobre la que había fotos de Stephi y él que su novia le había enmarcado antes de mudarse a Heidelberg. Stephi y Lorenz tras el estreno de *Don Carlos*, Stephi y

Lorenz en el Festival de Viena tras el último pase de *Intriga y amor*, Stephi y Lorenz en Zúrich, en Kassel y en Bochum, donde Lorenz había actuado como artista invitado durante los últimos años, y otras fotos de tiempos mejores, cuando Lorenz todavía estaba en el teatro y Stephi daba clases de latín en la Universidad de Viena. En la mayoría de fotos, Lorenz estaba disfrazado o al menos sin desmaquillar, Stephi tenía su melena castaña clara recogida en una trenza y, como mucho, se había pintado un poco los labios. Lorenz era un artista, flotaba a tres metros sobre la realidad, y Stephi era su roble enraizado en el suelo. Ella decidía dónde y qué cenaban, si iban al cine o al teatro. Ella reservaba los viajes y organizaba actividades con sus amigos. Le advertía que no gastara dinero que no tenía, preparaba sopa y compraba chocolate cuando Lorenz tenía uno de esos días en que la colcha le resultaba tan pesada que no conseguía levantarse.

Desde que Stephi se había marchado a Heidelberg, se sentía como un globo de helio soltado al viento.

Lorenz se abrazó a la almohada con brazos y piernas. Juguetó con el móvil e intentó llamar a Stephi tres veces, aunque sabía que era inútil. Cuando trabajaba, todos los días de ocho de la mañana a siete de la tarde, Stephi ponía el móvil en silencio y apagaba la conexión a internet. Desaparecía en algún lugar entre el año trescientos y el cuatrocientos antes de Cristo. Ni siquiera tenía contestador, que por lo menos le habría permitido a Lorenz oír su voz y dejarle mensajes.

Hacía mal tiempo. Tampoco tenía dinero. ¿Qué sentido tenía levantarse? Lorenz decidió ver series y esperar a que Stephi tuviera tiempo de hablar con él por Skype. Cogió el portátil y puso la nueva temporada de una serie sobre un hospital. Mientras se cargaba, fue a la cocina y buscó algo comestible. Encontró cereales, cubitos de caldo y los frutos secos de Stephi, a los que era alérgico.

Cuando volvió a la cama, cerró las cortinas. Después de dos capítulos, abrió otra ventana del navegador y retomó la búsqueda de una solución para guardar el cobertor. Cuando estaba a punto de pujar por una impresión limitada de un artista callejero en un portal de subastas, se cortó la conexión y Lorenz recobró el juicio.

—Tengo un problema —susurró para sí, cerró el portátil, se levantó de un salto y decidió que no podía seguir así. Marcó el único número que podía ayudarlo en una situación como aquella: «Tía Hedi Casa».

Se oyeron tres tonos antes de que respondiera el tío Willi, el compañero de su tía.

—Aquí Markovic y Prischinger —gritó Willi al teléfono.

—Hola, tío Willi, soy Lorenz.

—¿Quién? —vociferó Willi, que consideraba que tenía tal salud de hierro, que se negaba a ir al médico, incluido el otorrino.

—¡LORENZ! —contestó Lorenz a voces.

—¡Ah, Lorenz, haberlo dicho!

—Tío Willi, ¿puedo ir a cenar con vosotros?

Lorenz, que llevaba cebándose en la cocina de Hedi desde que había empezado la universidad, sabía que la pregunta era retórica.

—¿Es ortodoxo el patriarca? Pues claro que puedes, muchacho, hace mucho que no vienes. Mirl y Wetli también estarán aquí —dijo Willi—. ¡Las señoras se pondrán locas de contentas!

Efectivamente, de fondo se oía parlotear a sus tías. Lorenz no entendía una sola palabra y eso lo tranquilizó un instante. Qué bien que algunas cosas no cambiaran nunca, y que él tuviera un puerto seguro en el que refugiarse en medio de aquella furiosa tormenta que era la vida.

—Me alegro —dijo, y colgó. Un primer paso para salir de la miseria, pensó Lorenz satisfecho.

Hacia el final de la tarde, cuando se disponía a salir de casa en dirección al sur de Viena, llovía a cántaros. Lorenz cogió su jersey de alpaca más caliente, se echó al cuello una suave bufanda que en realidad era de Stephi y, después de dudar brevemente, llamó a un taxi. En realidad les había prometido a las nuevas esterillas de baño administrar con prudencia el dinero en efectivo que le quedaba, pero la casa de Willi y Hedi estaba en el distrito veintitrés, una mezcla de gueto residencial y zona industrial, junto a la línea de demarcación con Baja Austria, mientras que Lorenz vivía en una ubicación inmejorable del centro de la ciudad, cerca de Mariahilfer Straße, la calle comercial más famosa de Viena, en el epicentro moderno y cultural del séptimo distrito.

—Al veintitrés, por favor —dijo cuando se sentó en el asiento trasero de un Mercedes negro—. Dionys Schönecker Gasse, número ocho.

—¿Hasta el veintitrés, desde aquí? —preguntó el taxista, un checheno o bosnio de mediana edad con una barba pelirroja rizada—. ¡Es carísimo! ¡Toda la ciudad! ¡Metro es más rápido!

—¡Mejor para usted!

El hombre se encogió de hombros y encendió el taxímetro.

—Pero no tarjeta —dijo.

—Por supuesto —respondió Lorenz. De todos modos, ya se las habían retirado todas.

Hedi, Wetti y Mirl eran las hermanas pequeñas de su padre Sepp. A diferencia de él, que se había quedado en Baja Austria, no muy lejos del lugar donde había crecido, las tres hermanas se habían mudado a Viena en los años setenta y desde entonces eran inseparables. Su cuartel general era la cocina de Hedi, a pesar de que tanto Wetti como Mirl tenían su propia casa. El veintitrés deprimía a Lorenz. Los ojos que asomaban tras los visillos le recordaban la vigilancia vecinal

permanente de sus orígenes rurales. Sentía lástima por esas viejas granjas de poca altura abocadas a la ruina, construidas cuando Liesing aún estaba a las afueras y todavía no se había convertido en un distrito vienés. Las desnudas naves industriales y los centros comerciales resultaban deprimentes. Lo que más le dolía era la discrepancia entre lo que era y lo que podría haber sido Liesing. Allí se encontraban antes de la guerra los estudios Rosenhügel, que en su día habían sido los estudios cinematográficos más importantes del mundo. Si los austriacos no se hubieran unido a la Alemania nazi, quizá los taquillazos hoy en día no vendrían de Hollywood, sino del veintitrés. Puede que entonces los «Oscars» no se llamaran «Oscars», sino «Gerhards» o «Herberts», reflexionó Lorenz, y al menos estarían a su alcance geográficamente.

—Treinta y siete euros —dijo el taxista cuando se detuvo delante del bloque de viviendas lila de Dionys Schönecker Gasse.

—Cóbrese cuarenta.

—¿Recibo?

—No, gracias.

—¡Puede deducirse!

—Es usted un taxista muy listillo, ¿no?

—En Bosnia era contable —contestó el hombre.

—Y yo he llegado a mi destino —respondió Lorenz molesto, y dio un portazo tras él.

Recorrió a toda prisa el sinuoso caminito hasta el portal del edificio, y bajo la tejavana casi chocó con un hombre mayor de espalda ancha que sostenía con ambas manos una bolsa de plástico, llevaba rosas envueltas en celofán bajo el brazo y contemplaba indeciso los timbres.

—¿A quién viene a ver? —le preguntó Lorenz solícito.

—Ah, usted es Lorenz Prischinger, ¿verdad? —dijo el hombre. Cuando Lorenz estaba a punto de darle una de las fotos

autografiadas que siempre llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta por si acaso, vio el logotipo de la bolsa: «Carnicería Ferdinand». No lo habían reconocido a él, sino que era él quien no había reconocido al señor Ferdinand, que regentaba una carnicería al otro lado de la calle. Sus tías habían enviado a Lorenz allí miles de veces a recoger pedidos. Sin embargo, nunca había visto al señor Ferdinand como hoy: en lugar de la habitual ropa blanca cubierta por un delantal de plástico, llevaba un traje pasado de moda y olía como si se le hubiera volcado encima un frasco de colonia.

—¡Qué elegante está usted hoy! ¿Cómo está?

El señor Ferdinand desvió la mirada.

—Venía a ver a su tía.

—Yo también —dijo Lorenz sorprendido.

—No a la señora Heidemarie, sino a la señora Maria Josefa —susurró nervioso. Lorenz estaba desconcertado, ¿qué se le había perdido al señor Ferdinand con Mirl?—. Quería traerle las chuletas de ternera que tanto le gustan —añadió el señor Ferdinand levantando la bolsa que contenía al menos dos kilos de carne. La sangre que se había acumulado al fondo se vislumbraba a través del plástico blanco.

—Bueno, pues venga conmigo —dijo Lorenz, y llamó al timbre.

El señor Ferdinand mantuvo dos metros de distancia de seguridad al subir con él al primer piso, donde la puerta del piso de Hedi ya estaba abierta. Lorenz cruzó el umbral y aspiró el delicioso aroma que salía de la cocina: una mezcla de comino, ajo y ese matiz al que, según Lorenz, olería la maicena si la maicena oliera a algo.

—¡Jesús, Lorenz! —Hedi dio una palmada y se acercó a toda prisa—. ¿Por qué te quedas ahí como un pasmarote? ¡Pasa!

—Traigo visita —dijo Lorenz mientras Hedi tiraba de él hacia abajo para abrazarlo. Con su uno cincuenta y nueve de

altura, era mucho más pequeña que Lorenz, así que tuvo que asomarse por la derecha del brazo de su sobrino para descubrir al segundo invitado.

—¡Mirl, el señor Ferdinand! —gritó, y después se soltó del abrazo para saludar al inesperado huésped—. ¡Buenas tardes, señor Ferdinand!

Lorenz observó que el carnicero insinuaba un beso en la mano. Lorenz no había logrado semejante dominio de ese tipo de beso hasta pocos años antes, gracias a las enseñanzas de un respetado y condecorado actor de teatro. En el mismísimo instante en que Mirl apareció por la puerta, el señor Ferdinand soltó la mano de Hedi y se le iluminó toda la cara. Como uno de los chorizos que se bamboleaban sobre su mostrador a la luz de los focos del techo, pensó Lorenz, y le habría encantado seguir observando la escena, pero Hedi lo arrastró a la cocina mientras que Mirl le pellizcó la mejilla al pasar para después salir al rellano con el señor Ferdinand y cerrar la puerta tras ella.

—Hacía mucho que no venías a vernos, muchacho —dijo Hedi.

—¿Qué hace aquí el señor Ferdinand? —preguntó Lorenz.

—Hola, Lorenz, ¿en la ciudad también llovía como aquí? —le preguntó Wetti cuando entraron en la cocina, y le dio dos besitos. Ese día llevaba el pelo de color zanahoria más despeinado que de costumbre.

—Sí —contestó Lorenz—, pero no hacía tanto viento.

—Lógico —dijo Wetti, e hizo lo que mejor se le daba: miró fijamente al infinito, como si el mapa de Viena se estuviera desplegando en el aire—. Aquí, en la zona sur de Liesing, es donde se encuentran la cuenca vienesa y la llanura panónica. Como durante la industrialización del sur de Viena se talaron todos los árboles, el viento puede entrar sin obstáculos por el este.

Según contaba su padre, Wetti, que había trabajado como mujer de la limpieza en el Museo de Historia Natural, siempre se había interesado más por los fenómenos naturales que por los humanos, desde que era una niña. En cambio Lorenz sentía mucha más curiosidad por lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta.

—¿El señor Ferdinand visita a Mirl a menudo? —preguntó, y se apretujó en su sitio de siempre, en la parte frente a la ventana del banco esquinero de la cocina.

—¿Me has traído la ensaladera? —preguntó Hedi a modo de respuesta, y puso así punto final al tema. Willi, el compañero de Hedi, llamaba a su cocina el «cementerio de fiambreras» porque Wetti y Mirl traían un *tupper* con algo de comida cada vez que iban de visita, pero nunca se llevaban los recipientes. Lorenz siempre se llevaba una fiambra con víveres «para otro día», y aunque en aquella cocina había suficientes recipientes para envasar provisiones como para el Armagedón, Hedi insistía meticulosamente en que Lorenz los trajera todos de vuelta en su siguiente visita. El otoño anterior, en un momento de descuido, había tirado a la basura una ensaladera con tapa. La había usado como bol para patatas fritas un día que un par de compañeros del teatro habían ido a su casa después del ensayo a beber vino y fumar porros; la escenógrafa se mareó tanto que vomitó sobre las patatas. Lorenz metió el recipiente en una bolsa de basura negra, algo que su tía no habría aprobado, ya que en su universo no se tiraba nada. Lorenz estaba muy familiarizado con esa manía gracias a su padre, que también acumulaba todo aquello que todavía pudiera servir para algo, razón por la que en el garaje de su casa ya no se podía aparcar el coche.

—Lo siento mucho, me la he vuelto a olvidar. ¡La próxima vez la traigo, te lo prometo! —repitió Lorenz una vez más, y



se propuso buscar en internet un recipiente igual esa misma noche.

Mirl entró en la cocina con la bolsa de chuletas y la dejó en el fregadero para poner la carne en una fiambarrera.

—¿Y dónde están las flores? —preguntó Lorenz.

—¿Qué flores? —dijo Mirl, y se volvió hacia la nevera. Desde que Lorenz tenía uso de razón, la nevera de Hedi siempre estaba a rebosar, como si tuviera que alimentar a todo el edificio.

—Las flores que llevaba bajo el brazo el señor Ferdinand.

—Ni idea. —Mirl consiguió meter las chuletas en la nevera llena hasta los topes.

—Tía Mirl, estoy muy solo. Stephi está en Heidelberg. Déjame compartir tu alegría.

Mirl lo miró como si le hubiera pedido permiso para cortarse un dedo del pie con una podadera oxidada.

—No te preocupes, Lorenz, tendrás tu ración de chuletas. Nadie se va a comer tu parte.

Antes de que Lorenz pudiera responder, Mirl exclamó:

—¡Jesús, la sopa se está desbordando! —Giró rápidamente los botones de la vitrocerámica, cambió las cazuelas de sitio y cogió un trozo de papel de cocina.

—Por el amor de Dios, tía Mirl, te vas a quemar —dijo Lorenz, se levantó de un salto y le sujetó la mano justo a tiempo, antes de que intentara raspar lo quemado del fogón caliente con su cuidada manicura de gel. A diferencia de Wetti, siempre desgreñada, y de Hedi, con un carácter más bien práctico, Mirl daba mucha importancia a su apariencia. Siempre llevaba ropa, joyas y recogidos exquisitos para cada ocasión. A pesar de que tenía sesenta y muchos, Lorenz jamás le había visto asomar ni una sola raíz blanca en el pelo. Entre las greñas naranjas de Wetti aparecían mechones grises aquí y allá, y Hedi solo se tomaba en serio lo de teñirse cuando te-

nía mucho tiempo y no estaba ocupadísima haciendo de Madre Teresa con los vecinos más mayores o físicamente impedidos, sin importarle si querían su ayuda o no. En cambio Mirl era una clienta habitual de un salón de belleza al sur de Wiedner Hauptstraße, donde semana tras semana se trataba las manos, los pies, el rostro, el escote y cualquier otra parte del cuerpo que pudiera tratarse. Pero seguramente se trata de una medida necesaria, pensó Lorenz mientras su tía rascaba lo quemado del fogón con un rascador envuelto en un trapo, ya que Mirl tenía cierta obsesión por la limpieza, con una clara preferencia por los productos tóxicos, sobre todo aquellos que estuvieran prohibidos en la Unión Europea. Desde que una vez la había visto echar ambientador, desinfectante y un polvo indefinible por el tranvía, ya nunca salía con ella del veintitrés. Prefería los gérmenes del transporte público a la caja de herramientas químicas que se escondía en el bolso de piel de cocodrilo de su tía.

—¡Muchacho! —dijo en ese momento el tío Willi, que se abrió paso entre las tres tías hacia el banco esquinero para sentarse junto a Lorenz y abrazarlo con fuerza. Willi olía a recién duchado, seguramente acababa de llegar de hacer deporte.

Hedi les pasó dos latas de cerveza desde el otro lado de la mesa.

—Bueno, Lorenz, ¿qué te cuentas? —le preguntó Willi mientras las tías discutían sobre si echar cebollino a la sopa, abrir un frasco de remolacha o picar un pepino.

—No mucho —contestó Lorenz en honor a la verdad.

—¿Volverás al teatro?

—Por ahora no tiene pinta.

—¿Estás rodando alguna película?

—No hay nada a la vista.

Willi frunció el ceño. Llevaba cuarenta años en Austria, había perdido todo rastro de acento excepto un ligero matiz

en la erre, pero aun y todo seguía siendo un pesimista yugoslavo que no confiaba en nada a lo que el camarada Tito no hubiera dado su aprobación.

Willi le dio un trago a la cerveza.

—¿Y cómo pagas las facturas? —preguntó.

Lorenz también bebió un sorbo y cruzó las manos exactamente igual que Willi. En la escuela de teatro había aprendido que las personas que querían algo de otros tendían a imitarlos.

—Ya que ha surgido el tema —comenzó a decir, y prosiguió después de un breve titubeo—: ¿Podrías echarme una mano? ¿De forma provisional? ¿Unos dos mil, para poder pasar los próximos meses?

—¿Unos dos mil? —repitió Willi, y frunció su poblado ceño—. Hedi y yo derrochamos nuestros ahorros en la tienda online de Nina. Solo me quedan diez mil en la libreta de ahorros para mi entierro, y por desgracia, no puedo dártelos. Ya sabes que algún día me enterrarán en Montenegro, donde nací.

Hedi le dio en la cabeza con una espátula.

—¡No digas «derrochamos»! —se indignó—. ¡Es nuestra hija!

—Una tienda vegana online sigue siendo una chorrada —replicó Willi.

Antes de que Lorenz pudiera añadir una de sus habituales pullas contra la obsesión vegana de su prima Nina, recordó su mísera situación económica y buscó el contacto visual con su segunda tía.

—Lo siento —respondió enseguida Mirl, y bebió de su taza de té, una pieza de auténtica porcelana Lilien—. Yo tampoco puedo ayudarte.

Lorenz sabía que no serviría de nada preguntarle a Wetti, que contemplaba ensimismada una cebolla germinada. A di-

ferencia de las flores o las hojas, Wetti jamás había dado importancia suficiente a los billetes como para coleccionarlos.

—No pasa nada —dijo Lorenz, y desplegó toda su habilidad como actor para que nadie notara su decepción.

—¡La sopa! —dijo Hedi, y dejó la pesada cazuela en el centro de la mesa. Mirl se hizo cargo del cazo y Wetti le tendió los platos.

—De todas formas, pronto se empezará a rodar la serie —dijo Lorenz esforzándose por sonar animado.

—El plato principal es lomo de cerdo envuelto en tocino con salsa de ajo y ciruelas pasas —dijo Hedi.

—¿Qué serie? —preguntó Willi.

—El señor Ferdinand nos dio ayer un lomo de cerdo especialmente hermoso, ¡y con un cuarenta por ciento de descuento por ser vecinas! —dijo Mirl.

—¡La serie del piloto que se emitió la semana pasada! Ya sabéis, esa en la que hago del hermano brillante pero incomprendido de la agente de policía, que le ayuda en secreto a resolver los casos mientras todo el mundo cree que está loco.

—En alemán antiguo, «*Lende*» también significa «riñones» además de «lomo», y por eso también llamamos así a la zona que los rodea —dijo Wetti, y añadió—: En algunas zonas a este plato se le llama riñonada. Pero yo creo que lomo de cerdo suena mucho más apetecible.

Willi apartó el plato de sopa y cogió un montón de revistas gratuitas del alféizar. Hacía ejercicio casi todos los días, probaba cualquier deporte que estuviera de moda, ya fuera bikram yoga o gimnasia flotante, de mayo a septiembre nadaba al aire libre y el resto del año en la piscina, y después se dedicaba a resolver los pasatiempos de las revistas de propaganda, para mantenerse en forma mentalmente además de físicamente. Willi le tendió a Lorenz un periódico abierto y señaló un artículo.

—¿No es esa tu serie? —preguntó.

Lorenz escupió la sopa al leer el titular.

—¿No te gusta? —preguntó Hedi, mientras Mirl y Wetti sorbían ruidosamente el líquido—. ¡Le he puesto hasta patas de pollo, como a ti te gusta!

Lorenz oía la voz de su tía. Pero no entendió lo que decía hasta que Mirl pescó una pata de pollo de la cazuela y la balanceó en su campo de visión.

—Toma, puedes chupar la piel.

—¡Dejad al pobre chico en paz con la maldita sopa! —dijo Willi en tono más severo y fuerte de lo habitual.

—Lorenz, ¿va todo bien?

Lorenz se recostó y negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Están rodando la serie sin mí.

—La semana pasada ya salió en el periódico —dijo Wetti. Mirl siguió pescando de la cazuela.

—En las patas de pollo, Ferdinand nos hizo hasta un cincuenta por ciento de descuento —insistió.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? —susurró Lorenz incrédulo.

—Pensábamos que ya lo sabías —respondió Willi—. Que el director de la cadena o el productor o alguien habría hablado contigo.

Lorenz negó con la cabeza desconcertado. Nadie lo había llamado. Nadie lo había informado de que su personaje había sido eliminado porque, después de emitir el piloto, algunos espectadores habían reaccionado enfurecidos por lo machista que era que una investigadora necesitara un hombre para resolver sus casos. ¡Había tenido que enterarse por una revista de propaganda! Nadie se había disculpado con él por haberle creado falsas esperanzas y haberlo dejado tirado. Prácticamente contaba con ese dinero. Recordó con pánico esa mañana, cuando pensaba que era el ejecutor quien llama-

ba a la puerta. ¿Cómo iba a pagar las facturas? Sus padres habían invertido varios miles de euros en su carrera durante los últimos años, incluso le habían financiado los estudios en una escuela privada de teatro; ellos también estaban sin blanca. Y tampoco quería volver a pedirle ayuda a Stephi.

—Tía Mirl —susurró—, ¿estás segura de que no puedes prestarme algo de dinero? ¿No recibiste una buena cantidad cuando te divorciaste del tío Gottfried? —No le gustaba nada tener que pedirselo a su tía, pero pronto tendría que pagar también el alquiler.

—No, Lorenz, de verdad que no tengo dinero para prestarte —contestó Mirl con la mirada clavada en su taza de té.

—No pasa nada —dijo Lorenz, más bien para tranquilizarse a sí mismo—. De todas formas Stephi gana más que suficiente, seguro que no le importa volver a ayudarme.

Willi lo miró como si hubiera propuesto asaltar la casa de la señora Bruckner, la desagradable vecina que sacaba a pasear a su gato con correa. En la comunidad se rumoreaba que la señora Bruckner había escondido un cuarto de millón bajo el colchón por miedo a los ladrones extranjeros de bancos.

—Muchacho, no puedes pedirle limosna a tu novia.

—¿Por qué no? ¡Stephi y yo nos queremos!

—Mejor búscate un trabajo. Creo que en verano buscan ayudantes para la taquilla de la piscina. ¿Quieres que pregunte mañana?

—¿Trabajar en la piscina? —preguntó Lorenz indignado.

—¿Vas a comerte la sopa o la recojo? —preguntó Hedi.

—Tío Willi, soy actor. ¡No puedo trabajar en una piscina!

—¿Por qué no? —preguntó Willi.

—¿Saco el lomo? —preguntó Hedi.

—¿Y si de pronto recibo alguna oferta? —dijo Lorenz—. Muchas veces solo tengo un par de horas de margen para responder a un casting.

—Sí, pero ¿qué pasa si no recibes ninguna oferta? ¿Si no te llama ningún señor Casting? —replicó Willi.

—¡Pero mira que eres pesimista!

—¡Pero mira que eres iluso!

—¡Tranquilos los dos! A mi mesa no se viene a discutir, sino a comer —dijo Hedi, y dejó una pesada bandeja con albóndigas de patata en el centro de la mesa. Olían deliciosas.

—¿Crees que soy mal actor? —preguntó Lorenz.

—La cuestión no es si eres bueno o malo. La cuestión es que no consigues tener éxito. Porque si no, no tendrías que mendigar dinero a tu familia.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Lorenz ofendido.

—No, solo quiero que tomes ejemplo de Tito. Tuvo tanto éxito porque enseguida se deshacía de aquello que no funcionaba. Nunca se quedó atascado. Está claro que lo de actuar no funciona, así que haz como Tito: prueba con otra cosa.

—¡Tío Willi, soy artista, no político! Todo buen artista pasa por alguna que otra sequía. ¡Les pasa a los mejores! —Lorenz estaba a punto de dar un mordisco a la albóndiga cuando el tío Willi golpeó la mesa con el puño.

—Lorenz, el mundo no es como te lo contaron tus padres —dijo en un tono una pizca demasiado elevado—. Tienes treinta y un años y estás sin blanca. Deberías buscarte una profesión como es debido y una novia que viva en Viena. No en Heidenheim.

Lorenz tenía hambre. Llevaba días alimentándose a base de cereales con leche.

—Stephi vive en Heidelberg, ¡y las relaciones a distancia son estupendas! Además, papá me dijo por teléfono hace unos días que seguro que pronto me saldrá algo. Mis padres están orgullosos de que sea actor.

Hedi suspiró. Wetli silbó entre dientes. Mirl torció el morro.

—Lorenz, ¿no tienes ya edad suficiente para entender que tus padres siempre estarán orgullosos de ti, hagas lo que hagas? —dijo Willi.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lorenz.

—¿Te acuerdas de vuestra primera impresora? —preguntó Willi, y prosiguió antes de que Lorenz pudiera responder—. Tu padre solo la compró para imprimirte diplomas. «Diploma al mejor ciclista», «diploma al mejor saltador de trampolín», «diploma al mejor comedor de espaguetis». ¿Realmente crees que eras el mejor saltador, el mejor comedor o el mejor lo que sea?

—¡No metas a papá en esto! —Lorenz estaba furioso.

—Dejadlo, por favor —los interrumpió Hedi—. No merece la pena.

—¿Por qué? Tú misma dices que Sepp mima demasiado al muchacho.

Hedi se apartó el pelo detrás de las orejas, se levantó de la mesa, cogió un trapo y secó el cucharón lavado.

—Por lo menos hablo con mis padres —dijo Lorenz, y se puso de pie—. Hace años que tu propia hija te evita. ¡Ni siquiera te invitó a su boda!

Willi, consternado, clavó la mirada en un punto indefinido de la pared. Mirl y Wetti lo miraron estremecidas, Hedi hizo que la vajilla tintineara a propósito y Lorenz se precipitó al baño.

Cerró el pestillo, bajó la tapa del váter forrada de felpa, se sentó y sacó el móvil. Stephi no contestó. Lorenz se mordió el labio. Nina, la hija de Willi y Hedi, era la única pelirroja natural de la familia y desde niña había tenido un carácter difícil. Desde hacía varios años era vegana militante y llamaba «criminales» a las personas con una dieta normal, de acuerdo con las pautas de la OMS, mientras que a aquellos que comían carne a diario, como su familia, los consideraba «asesi-



nos en serie». Seguramente por eso se dio tanta prisa en casarse con su novio vegano Rainer, que de tan pálido era casi transparente: para librarse del apellido Prischinger. Nina era el punto débil de Willi. Lorenz sabía perfectamente lo mucho que le dolía no haber podido llevar al altar a su única hija. Y se avergonzaba de haber utilizado precisamente el conflicto con Nina para enfrentarse a su tío.

Marcó el número de Stephi una y otra vez, y con cada llamada en balde, su vergüenza se tornaba en enfado. Era viernes por la noche. ¿Qué demonios era más importante en Heidelberg que un novio desesperado en Viena, enfrentado a las miserias de su vida?

A la séptima llamada, se oyó la voz de Stephi.

—¿Lorenz?

—Ay, Stephi, por fin.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No, estoy fatal.

—¿Qué te pasa?

—¡Stephi, están rodando la serie sin mí y me he peleado con el tío Willi!

Lorenz esperaba que Stephi le asegurara que todo iba a ir bien, que se subiría al próximo tren nocturno o al primer vuelo de la mañana para pasar el fin de semana con él.

—¿Y por eso me llamas?

—No sé cómo voy a pagar el alquiler de este mes, y el tío Willi me ha dicho que me busque un trabajo. ¡Ha insinuado que soy un mal actor!

Stephi guardó silencio. Seguramente estaba pensando en cómo tranquilizarlo, pero entonces dijo:

—¡Lorenz, a veces eres la persona más egocéntrica del mundo! Ya sabías que hoy era la conferencia de Glenn W. Most, algo que llevo meses preparando. Justo estaba hablando con él, estaba a punto de pedirme que nos tuteáramos,

cuando mi móvil ha empezado a sonar como loco. ¡Most es el dios de la filología clásica! ¿Sabes lo importante que sería un contacto así para mí?

Lorenz se estremeció. Había olvidado por completo que aquella charla extraña era ese día. Desde que había aceptado el trabajo, Stephi no había dejado de mencionar entusiasmada que en Heidelberg por fin había conseguido invitar a Glenn W. Most, una iniciativa que la Universidad de Viena nunca había apoyado. Lorenz quiso disculparse con ella, pero se mordió la lengua.

—Stephi, es que no estoy bien. ¿No tienes ni cinco minutos para tu pareja?

—Sí, exacto, eres TÚ el que no estás bien, ¡todo gira siempre en torno a TI!

—¿Quién de los dos está siendo el egocéntrico ahora, que no puede ni dedicarle cinco minutos al otro?

Y entonces Stephi hizo algo que Lorenz no esperaba: colgó sin más. Lorenz tiró el móvil al suelo del baño. Ni siquiera consiguió romper el teléfono, porque las baldosas también estaba cubiertas por una felpa suave y verde, a juego con la tapa del retrete. La vida era cruel e injusta.